OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ

SUBIDA AL MONTE CARMELO

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-670-0
Depósito legal: M. 40.386-2007

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Subida al Monte Carmelo

Trata de cómo podrá un alma disponerse para llegar en breve a la divina unión. Da avisos y doctrina, así a los principiantes como a los aprovechados muy provechosa, para que sepan desembarazarse de todo lo temporal, y no embarazarse con lo espiritual, y quedar en la suma desnudez y libertad de espíritu, cual se requiere para la divina unión.

ARGUMENTO

Toda la doctrina que entiendo tratar en esta SUBIDA AL MONTE CARMELO está incluida en las siguientes CANCIONES, y en ellas se contiene el modo de subir hasta la cumbre del monte, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios. Y porque tengo de ir fundando sobre ellas lo que dijere, las he querido poner aquí juntas, para que se entienda y vea junta toda la substancia de lo que se ha de escribir; aunque al tiempo de la declaración convendrá poner cada canción de por sí, y ni más ni menos los versos de cada una, según lo pidiere la materia y declaración. Dice, pues, así:

CANCIONES

En que canta el alma la dichosa ventura que tuvo en pasar por la OSCURA NOCHE DE LA FE, *en desnudez y purgación suya, a la unión del Amado.*

1. En una Noche oscura,
con ansias en amores inflamada,

¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

2. A oscuras, y segura
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

3. En la Noche dichosa
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa
sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía.

4. Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
a donde me esperaba,
quien yo bien me sabía
en parte donde nadie parecía.

5. ¡Oh Noche que guiaste!,
¡oh Noche amable más que el alborada!
¡oh Noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

6. En mi pecho florido,
que entero para él sólo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

8. Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

PROLOGO

1. Para haber de declarar y dar a entender esta *Noche oscura*, por la cual pasa el alma para llegar a la divina luz de la unión perfecta del amor de Dios, cual se puede en esta vida, era menester otra mayor luz de ciencia y experiencia que la mía; porque son tantas y tan profundas las tinieblas y trabajos, así espirituales como temporales, por que ordinariamente suelen pasar las dichosas almas para poder llegar a este alto estado de perfección, que ni basta ciencia humana para saberlo entender ni experiencia para saberlo decir; porque sólo el que por ello pasa lo sabrá sentir, mas no decir.

2. Y, por tanto, para decir algo de esta *Noche oscura,* no me fiaré ni de experiencia ni de ciencia, porque lo uno y lo otro puede faltar y engañar; mas, no dejándome de ayudar en lo que pudiere de estas dos cosas, aprovecharme he para todo lo que con el favor divino hubiere de decir, a lo menos para lo más importante y oscuro de entender, de la divina Escritura, por la cual guiándonos no podremos errar, pues el que en ella habla es el Espíritu Santo. Y si yo en algo errare, por no entender bien así lo que en ella como en lo que sin ella dijere, no es mi intención apartarme del santo sentido y doctrina de la santa madre Iglesia Católica, porque en tal caso totalmente me sujeto y resigno, no sólo a su mandato, sino a cualquiera que en mejor razón de ello juzgare.

3. Para lo cual me ha movido no la posibilidad que veo en mí para cosa tan ardua, sino la confianza que en el Señor tengo de que ayudará a decir algo, por la mucha necesidad que tienen muchas almas; las cuales comenzando el camino de la virtud, y queriéndolas nuestro Señor poner en esta *Noche oscura* para que por ella pasen a la divina unión, ellas no pasan adelante; a veces, por no querer entrar o dejarse entrar en ella; a veces, por no entender y faltarles guías idóneas y despiertas que las guíen hasta la cumbre. Y así, es lástima ver muchas almas a quien Dios da talento y favor para pasar adelante—que si ellas quisiesen animarse, llegarían a este alto estado—y quédanse en un bajo modo de trato con Dios, por no querer o no saber, o no las encaminar y enseñar a desasirse de aquellos principios. Y ya que, en fin, nuestro Señor las favorezca tanto, que sin eso y sin esotro las haga pasar, llegan muy más tarde, y con más trabajo, y con menos merecimientos, por no haber acomodádose ellas a Dios, dejando poner libremente en el puro y cierto camino de la unión. Porque aunque es verdad que Dios las lleva—que puede llevarlas sin ellas—, no se dejan ellas llevar, y así camínase menos, resistiendo ellas al que las lleva, y no merecen tanto, pues no aplican la voluntad y en eso mismo padecen más.

Porque hay almas que en vez de dejarse a Dios y ayudarse, antes estorban a Dios por su indiscreto obrar o repugnar; hechas semejantes a los niños, que queriendo sus madres llevarlos en brazos, ellos van pateando y llorando, porfiando por irse ellos por su pie, para que no se pueda andar nada; y si se anduviese sea al paso del niño.

4. Y así, para este saberse dejar llevar de

Dios, cuando Su Majestad los quiere pasar adelante, así a los principiantes como a los aprovechados, con su ayuda daremos doctrina y avisos para que sepan entender, o a lo menos, dejarse llevar de Dios.

Porque algunos confesores y padres espirituales, por no tener luz y experiencia de estos caminos, antes suelen impedir y dañar a semejantes almas que ayudarlas al camino; hechos semejantes a los edificantes de Babilonia, que habiendo de administrar un material conveniente, daban y aplicaban ellos otro muy diferente, por no entender ellos la lengua, y así no se hacía nada. Por lo cual es recia y trabajosa cosa en tales sazones no entenderse un alma, ni hallar quien la entienda. Porque acaecerá que lleve Dios a un alma por un altísimo camino de oscura contemplación y sequedad, en que a ella le parece que va perdida, y que estando así llena de oscuridad y trabajos, aprietos y tentaciones, encuentre con quien le diga como los consoladores de Job, que es melancolía, o desconsuelo, o condición, o que podrá ser alguna malicia oculta suya, y que por eso la ha dejado Dios. Y así, luego suelen juzgar que aquella alma debe de haber sido muy mala, pues tales cosas pasan por ella.

5. Y también habrá quien le diga que vuelve atrás, pues no halla gusto ni consuelo como antes en las cosas de Dios. Y así doblan el trabajo a la pobre alma; porque acaecerá que la mayor pena que ella siente sea del conocimiento de sus miserias propias, en que le parece que ve más claro que la luz del día que está llena de males y pecados, porque le da Dios aquella luz de conocimiento en aquella noche de contemplación, como adelante diremos. Y como halla quien conforme

con su parecer, diciendo que serán por su culpa, crece la pena y el aprieto del alma sin término, y suele llegar a más que morir. Y no contentándose con esto, pensando los tales confesores que procede de pecados, hacen a las dichas almas revolver sus vidas y hacer muchas confesiones generales, y crucificarlas de nuevo; no entendiendo que aquél por ventura no es tiempo de eso ni de esotro, sino de dejarlas así en la purgación que Dios las tiene, consolándolas y animándolas a que quieran aquello hasta que Dios quiera; porque hasta entonces, por más que ellas hagan y ellos digan, no hay remedio.

6. De esto hemos de tratar adelante con el favor divino, y de cómo se ha de haber el alma entonces y el confesor con ella, y qué indicios habrá para conocer si aquélla es la purgación del alma; y si lo es, si es del sentido o del espíritu —lo cual es la *Noche oscura* que decimos—, y cómo se podrá conocer si es melancolía u otra imperfección acerca del sentido o del espíritu.

Porque podrá haber algunas almas que pensarán ellas o sus confesores, que las lleva Dios por este camino de la *Noche oscura* de purgación espiritual, y no será por ventura sino alguna imperfección de las dichas.

Y porque hay también muchas almas que piensan no tienen oración, y tienen muy mucha; y otras que piensan tienen mucha, y es poco más que nada.

7. Hay otras que es lástima que trabajan y se fatigan mucho y vuelven atrás, y ponen el fruto del aprovechar en lo que no aprovecha, sino antes estorba; y otras que con descanso y quietud, van aprovechando mucho.

Hay otras que, con los mismos regalos y mercedes que Dios les hace para caminar delante, se embarazan y estorban, y no van adelante; y otras muchas cosas que en este camino acaecen a los seguidores de él, de gozos, penas y esperanzas y dolores: unos que proceden de espíritu de perfección, otros de imperfección. De todo con el favor divino procuraremos decir algo, para que cada alma que esto leyera, en alguna manera eche de ver el camino que lleva, y el que le conviene llevar, si pretende llegar a la cumbre de este Monte.

8. Y por cuanto esta doctrina es de la *Noche oscura* por donde el alma ha de ir a Dios, no se maraville el lector si le pareciere algo oscura. Lo cual entiendo yo que será el principio que la comenzare a leer; mas, como pase adelante, irá entendiendo mejor lo primero, porque con lo uno se va declarando lo otro. Y después, si lo leyere la segunda vez, entiendo le parecerá más claro y la doctrina más sana.

Y si algunas personas con esta doctrina no se hallaren bien, hacerlo ha mi poco saber y bajo estilo; porque la materia, de suyo, es buena y harto necesaria. Pero paréceme que, aunque se escribiera más acabada y perfectamentede lo que aquí va, no se aprovecharan de ello sino los menos; porque aquí no se escribirán cosas muy morales y sabrosas para todos los espirituales que gustan de ir por cosas dulces y sabrosas a Dios; sino doctrina substancial y sólida, así para los unos como para los otros, si quisieren pasar a la desnudez de espíritu que aquí se escribe.

9. Ni aun mi principal intento es hablar con todos, sino con algunas personas de nuestra sa-

grada religión de los primitivos del Monte Carmelo, así frailes como monjas, por habérmelo ellos pedido, a quien Dios hace merced de meter en la senda de este Monte; los cuales, como ya están bien desnudos de las cosas temporales de este siglo, entenderán mejor la doctrina de la desnudez del espíritu.

LIBRO PRIMERO

NOCHE ACTIVA DE SENTIDO

En que se trata qué sea NOCHE OSCURA, y cuán necesario sea pasar por ella a la divina unión; y en particular trata de la NOCHE OSCURA del sentido, apetito, y de los daños que hacen en el alma.

CAPITULO PRIMERO

Pone la primera canción. Dice dos diferencias de noches por que pasan los espirituales, según las dos partes del hombre, inferior y superior, y declara la canción siguiente:

CANCION PRIMERA

En una Noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

1. En esta primera canción canta el alma la dichosa suerte y ventura que tuvo en salir de todas las cosas afuera, y de los apetitos e imperfecciones que hay en la parte sensitiva del hombre, por el desorden que tiene de la razón.

Para cuya inteligencia es de saber que para que un alma llegue al estado de perfección, ordinaria-

mente ha de pasar primero por *dos* maneras principales de *Noches*, que los espirituales llaman purgaciones o purificaciones del alma, y aquí las llamamos *Noches*, porque el alma, así en la una como en la otra, camina como de noche, a oscuras.

2. La *primera Noche*, o purgación es de la parte sensitiva del alma, de la cual se trata en la presente canción, y se tratará en la primera parte de este libro. Y la *segunda* es de la parte espiritual, de la cual habla la segunda canción que se sigue; y de ésta también trataremos en la segunda y tercera partes, cuanto a lo activo; porque cuanto a lo pasivo, será en la cuarta.

3. Y esta *primera Noche* pertenece a los principiantes, al tiempo que Dios los comienza a poner en el estado de contemplación, de la cual también participa el espíritu, según diremos a su tiempo. Y la *segunda Noche* o purificación pertenece a los ya aprovechados, al tiempo que Dios los quiere ya poner en el estado de la unión con Dios; y ésta es más oscura y tenebrosa y terrible purgación, según se dirá después.

DECLARACIÓN DE LA CANCIÓN

4. Quiere, pues, en suma, decir el alma en esta canción, que salió—sacándola Dios—sólo por amor de Él, inflamada en su amor.

en una Noche oscura,

que es la privación y purgación de todos sus apetitos sensuales, acerca de todas las cosas exteriores del mundo y de las que eran deleitables a su carne, y también de los gustos de su voluntad. Lo

cual todo se hace en esta purgación del sentido; y por eso dice que salió

estando ya su casa sosegada,

que es la parte sensitiva, sosegada ya y dormidos los apetitos en ella, y ella en ellos. Porque no se sale de las penas y angustias de los retretes de los apetitos hasta que estén amortiguados y dormidos. Y esto dice que le fue

dichosa ventura,
salir sin ser notada,

esto es, sin que ningún apetito de su carne ni de otra cosa se lo pudiese estorbar. Y también, porque salió de noche, que es privándola Dios de todos ellos, lo cual era noche para ella.

5. Y esto fue

dichosa ventura

meterla Dios en esta noche, de donde se le siguió tanto bien; en la cual ella no atinara a entrar, porque no atina bien uno por sí solo a vaciarse de todos los apetitos para venir a Dios.

6. Esta es, en suma, la declaración de la canción, y ahora nos habremos de ir por cada verso escribiendo sobre cada uno, y declarando lo que pertenece a nuestro propósito. Y el mismo estilo se lleva en las demás canciones, como en el prólogo dije, que primero se pondrá cada canción y se declarará, y después cada verso.

CAPITULO 2

Declara qué NOCHE OSCURA *sea ésta por que el alma dice haber pasado a la unión.*

EN UNA NOCHE OSCURA

1. Por tres causas podemos decir que se llama *Noche* este tránsito que hace el alma a la unión de Dios. La *primera,* por parte del término [de] donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas; la cual negación y carencia es como *Noche* para todos los sentidos del hombre. La *segunda,* por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento como *Noche.* La *tercera,* por parte del término a donde va, que es Dios; el cual, ni más ni menos, es *Noche oscura* para el alma en esta vida, o, por mejor decir, el alma por ellas, para venir a la divina unión con Dios.

2. En el libro del santo Tobías (6, 18) se figuraron estas tres maneras de *Noches* por las tres noches que el Angel mandó a Tobías el mozo que pasasen antes que se juntase en uno con la esposa. En la *primera* le mandó que *quemase el corazón del pez* en el fuego, que significa el corazón aficionado y apegado a las cosas del mundo; el cual, para comenzar a ir a Dios, se ha de quemar y purificar de todo lo que es criatura con el fuego del amor de Dios. Y en esta purgación *se ahuyenta el demonio,* que tiene poder en el alma por asimiento a las cosas corporales y temporales.

3. En la *segunda noche* le dijo que *sería admitido en la compañía de los santos Patriarcas,* que son los padres de la fe. Porque pasando por la *primera Noche,* que es privarse de todos los objetos de los sentidos, luego entra el alma en la *segunda Noche,* quedándose sola en fe—no como excluye la caridad, sino las otras noticias del entendimiento, como adelante diremos—, que es cosa que no cae en sentido.

4. En la *tercera noche* le dijo el Angel que *conseguiría la bendición,* que es Dios, el cual, mediante la segunda Noche, que es fe, se va comunicando al alma tan secreta e íntimamente, que es otra *Noche* para el alma, en tanto que se va haciendo la dicha comunicación muy más oscura que esotras, como luego diremos.

Y pasa esta tercera Noche, que es acabarse de hacer la comunicación de Dios en el espíritu, que se hace ordinariamente en gran tiniebla del alma, luego se sigue la unión con la esposa, que es la Sabiduría de Dios. Como también el Angel dijo a Tobías que *pasada la* tercera noche *se juntaría con su esposa con temor del Señor;* el cual temor de Dios, cuando está perfecto, está perfecto el amor, que es cuando se hace la transformación por amor del alma.

5. Estas tres partes de noche, todas son una *Noche;* pero tiene tres partes como la noche. Porque la *primera,* que es la del sentido, se compara a prima noche, que es cuando se acaba de carecer del objeto de las cosas. Y la *segunda,* que es la fe, se compara a la media noche, que totalmente es oscura. Y la *tercera,* al despidiente, que es Dios, la cual es ya inmediata a la luz del día. Y para que mejor lo entendamos, iremos tratando de cada una de estas causas de por sí.

CAPITULO 3

Habla de la primera causa de esta NOCHE, *que es de la privación del apetito de todas las cosas, y de la razón por qué se llama* NOCHE.

1. Llamamos aquí *Noche* a la privación del gusto en el apetito de todas las cosas; porque así como la noche no es otra cosa sino privación de la luz, y, por consiguiente, de todos los objetos que se pueden ver mediante la luz, por lo cual se queda la potencia visiva a oscuras y sin nada; así también se puede decir la mortificación del apetito *Noche* para el alma, porque privándose el alma del gusto del apetito en todas las cosas, es quedarse como a oscuras y sin nada. Porque así como la potencia visiva mediante la luz se ceba y apacienta de los objetos que se pueden ver, y apagada la luz no se ven, así el alma mediante el apetito se apacienta y ceba de todas las cosas que según sus potencias se pueden gustar; el cual, también apagado, o, por mejor decir, mortificado, deja el alma de apacentarse en el gusto de todas las cosas, y así se queda según el apetito a oscuras y sin nada.

2. Pongamos ejemplo en todas las potencias. Privando el alma su apetito en el gusto de todo lo que el sentido del oído puede deleitar, según esta potencia, se queda el alma a oscuras y sin nada; y privándose del gusto de todo lo que al sentido de la *vista* puede agradar, también según esta potencia se queda el alma a oscuras, y sin nada; y privándose del gusto de toda la suavidad de olores que por el sentido del *olfato* el alma

puede gustar, ni más ni menos según esta potencia se queda a oscuras y sin nada; y negando también el gusto de todos los manjares que pueden satisfacer al *paladar*, también se queda el alma a oscuras y sin nada; y finalmente, mortificándose el alma en todos los deleites y contentamientos que del sentido del *tacto* puede recibir, de la misma manera se queda el alma según esta potencia a oscuras y sin nada. De manera que el alma que hubiese negado y despedido de sí el gusto de todas las cosas, mortificando su apetito en ellas, podremos decir que está como de noche a oscuras, lo cual no es otra cosa sino un vacío en ella de todas las cosas.

3. La causa de esto es porque, como dicen los filósofos, el alma, luego que Dios la infunde en el cuerpo, está como *una tabla rasa y lisa*, en que no está pintado nada; y si no es lo que por los sentidos va conociendo, de otra parte naturalmente no se le comunica nada. Y así, en tanto que está en el cuerpo, está como el que está en una cárcel oscura, el cual no sabe nada sino lo que alcanza a ver por las ventanas de la dicha cárcel; y si por allí no viese nada, no vería por otra parte. Y así, el alma si no es lo que por los sentidos se le comunica, que son las ventanas de su cárcel, naturalmente por otra vía nada alcanzaría.

4. De donde, si lo que puede recibir por los sentidos, ella lo desecha y niega, bien podemos decir que se queda como a oscuras y vacía; pues, según parece por lo dicho, naturalmente no le puede entrar luz por otras lumbreras que las dichas. Porque aunque es verdad que no puede dejar de oír y ver y oler y gustar y sentir, no le hace más al caso, ni le embaraza más al alma, si lo niega

y lo desecha, que si no lo viese ni lo oyese, etcétera. Como también el que quiere cerrar los ojos quedará a oscuras como el ciego que no tiene potencia para ver. Y así al propósito habla David *(Sal.* 87, 16), diciendo: *Pauper sum ego, et in laboribus a juventute mea. (Sal.* 87, 16). Que quiere decir: Yo soy pobre y en trabajos desde mi juventud. Llámase *pobre,* aunque está claro que era rico, porque no tenía en las riquezas su voluntad, y así era tanto como ser pobre realmente. Mas antes, si fuera realmente pobre, y de la voluntad no lo fuera, no era verdaderamente pobre; pues el alma estaba rica y llena en el apetito. Y por eso llamamos esta desnudez *Noche* para el alma, porque no tratamos aquí del carecer de las cosas; porque eso no desnuda al alma, si tiene apetito de ellas; sino de la desnudez del gusto y apetito de ellas, que es lo que deja el alma libre y vacía de ellas, aunque las tenga; porque no ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entran en ella, sino la voluntad y apetito de ellas, que moran en ella.

5. Esta primera manera de *Noche,* como después diremos, pertenece al alma según la parte *sensitiva,* que es una de las dos que arriba dijimos por las cuales ha de pasar el alma para llegar a la unión.

6. Ahora digamos cuánto conviene al alma salir de su casa en esta *Noche oscura del sentido* para ir a la unión de Dios.

CAPITULO 4

Donde se trata cuán necesario sea al alma pasar de veras por esta NOCHE OSCURA DEL SENTIDO, *la cual es la mortificación del apetito, para caminar a la unión de Dios.*

1. La causa por qué le es necesario al alma para llegar a la divina unión de Dios pasar esta *Noche* oscura de mortificación de apetitos y negación de los gustos en todas las cosas, es porque todas las afecciones que tiene en las criaturas son delante de Dios puras tinieblas, de las cuales estando el alma vestida, no tiene capacidad para ser ilustrada y poseída de la pura y sencilla luz de Dios, si primero no las desecha de sí; porque no puede convenir la luz con las tinieblas; porque como dice san Juan (1, 5): *Tenebrae eam non comprehenderunt.* Esto es: Las tinieblas no pudieron recibir la luz.

2. La razón es porque dos contrarios—según nos enseña la filosofía—no pueden caber en un sujeto; y porque las tinieblas, que son las afecciones en las criaturas, y la luz, que es Dios, son contrarios y ninguna semejanza ni conveniencia tienen entre sí, según a los Corintios (2.ª, 6, 14) enseña san Pablo diciendo: *Quae conventio luci ad tenebras?* Es a saber: ¿Qué conveniencia se podrá dar entre la luz y las tinieblas?; de aquí es que en el alma no se puede asentar la luz de la divina unión, si primero no se ahuyentan las afecciones de ella.

3. Para que probemos mejor lo dicho, es de saber que la afición y asimiento que el alma tiene

a la criatura iguala a la misma alma con la criatura, y cuanto mayor es la afición, tanto más la iguala y hace semejante; porque el amor hace semejanza entre lo que ama y es amado. Que por eso dijo David *(Salm.* 113, 8) hablando de los que ponían su afición en los ídolos: *Similes illis fiant qui faciunt ea, et omnes qui confidunt in eis.* Que quiere decir: Sean semejantes a ellos los que ponen su corazón en ellos. Y así, el que ama criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y en alguna manera más bajo, porque el amor no sólo iguala, más aún, sujeta al amante a lo que ama. Y de aquí es que por el mismo caso que el alma ama algo, se hace incapaz de la pura unión de Dios y su transformación. Porque mucho menos es capaz la bajeza de la criatura de la alteza del Criador, que las tinieblas lo son de la luz. Porque todas las cosas de la tierra y del cielo, comparadas con Dios, nada son, como dice Jeremías (4, 23) por estas palabras: *Aspexi terram, et ecce vacua erat, et nihil; et caelos, et non erat lux in eis.* Miré a la tierra, dice, y estaba vacía, y ella nada era; y a los cielos, y vi que no tenían luz. En decir que vio la tierra vacía, da a entender que todas las criaturas de ella eran nada, y que la tierra era nada también. Y en decir que miró a los cielos y no vio luz en ellos, es decir que todas las lumbreras del cielo, comparadas con Dios, son puras tinieblas. De manera que todas las criaturas en esta manera nada son, y las aficiones de ellas menos que nada podemos decir que son, pues son impedimento y privación de la transformación en Dios; así como las tinieblas nada son, y menos que nada, pues son privación de la luz. Y así como no comprende a la luz el que tiene tinieblas, así no podrá comprender a Dios el alma que en criaturas pone su afición; de la cual, hasta

que se purgue, ni acá le podrá poseer por transformación pura de amor, ni allá por clara visión. Y para más claridad hablaremos más en particular.

4. De manera que todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito ser de Dios, nada es. Y, por tanto, el alma que en él pone su afición, delante de Dios también es nada, y menos que nada; porque, como habemos dicho, el amor hace igualdad y semejanza, y aun pone más bajo al que ama. Y, por tanto, en ninguna manera podrá esta alma unirse con el infinito ser de Dios; porque lo que no es no puede convenir con lo que es. Y descendiendo en particular a algunos ejemplos:

a) Toda la *hermosura* de las criaturas, comparada con la infinita hermosura de Dios, es suma *fealdad*, según Salomón en los Proverbios (31, 30) dice: *Fallax gratia, et vana est pulchritudo*. Engañosa es la belleza y vana la hermosura. Y así el alma que está aficionada a la hermosura de cualquiera criatura, delante de Dios, sumamente fea es. Y, por tanto, no podrá el alma fea transformarse en la hermosura, que es Dios, porque la fealdad no alcanza a la hermosura.

b) Y toda la *gracia* y donaire de las criaturas, comparada con la gracia de Dios, es suma desgracia y sumo desabrimiento. Y por eso el alma que se prenda de las gracias y donaires de las criaturas, sumamente es desgraciada y desabrida delante de los ojos de Dios; y así no puede ser capaz de la infinita gracia de Dios y belleza; porque lo desgraciado grandemente dista de lo que infinitamente es gracioso.

c) Y toda la *bondad* de las criaturas del mundo, comparada con la infinita bondad de Dios, se

puede llamar *malicia;* porque *nada hay bueno sino sólo Dios (Lc.,* 18, 19). Y, por tanto, el alma que pone su corazón en los bienes del mundo, sumamente es mala delante de Dios. Y así como la malicia no comprende a la bondad, así esta tal alma no podrá unirse con Dios, el cual es suma bondad.

d) Y toda la *sabiduría* del mundo y habilidad humana, comparada con la sabiduría infinita de Dios, es pura y suma *ignorancia,* según escribe san Pablo *ad Corinthios* (1.ª, 3, 9), diciendo *Sapientia hujus mundi stultitia est apud Deum.* La sabiduría de este mundo delante de Dios es locura.

5. Por tanto, toda alma que hiciere caso de todo su saber y habilidad para venir a unirse con la sabiduría de Dios, sumamente es ignorante delante de Dios y quedará muy lejos de ella; porque la ignorancia no sabe qué cosa es sabiduría, como dice san Pablo, que esta sabiduría le parece a Dios necedad; porque delante de Dios, aquellos que se tienen por de algún saber, son muy ignorantes, porque de ellos dice el Apóstol, escribiendo a los Romanos (1, 21), diciendo: *Dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt.* Esto es: Teniéndose ellos por sabios, se hicieron necios. Y solos aquellos van teniendo sabiduría de Dios, que, como niños ignorantes, deponiendo su saber, andan con amor en su servicio. La cual manera de sabiduría enseñó también san Pablo *ad Corinthios* (1.ª, 3, 18): *Si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc saeculo, stultus fiat ut sit sapiens. Sapientia enim hujus mundi stultitia es apud Deum.* Esto es: Si alguno le parece que es sabio entre vosotros, hágase ignorante para ser sabio; porque la sabiduría de este mundo es acerca de Dios locura. De manera que para venir el alma a unir-

se con la sabiduría de Dios, antes ha de ir no sabiendo que por saber.

e) Y todo el *señorío* y libertad del mundo, comparado con la libertad y señorío del espíritu de Dios, es suma *servidumbre* y angustia y cautiverio.

6. Por tanto, el alma que se enamora de mayorías o de otros tales oficios, y de las libertades de su apetito, delante de Dios es tenida y tratada, no como hijo, sino como bajo esclavo y cautivo, por no haber querido él tomar su santa doctrina, en que nos enseña que el que quisiere ser mayor sea menor, y el que quisiere ser menor sea el mayor. Y, por tanto, no podrá el alma llegar a la real libertad del espíritu que se alcanza en su divina unión; porque la servidumbre ninguna parte puede tener con la libertad; la cual no puede morar en el corazón sujeto a quereres, porque éste es corazón de esclavo, sino en el libre, porque es corazón de hijo. Y ésta es la causa por que Sara dijo a su marido Abraham que echase fuera a la esclava y a su hijo, diciendo *(Gen.,* 21, 10) que *no había de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre.*

7. *f)* Y todos los *deleites* y sabores de la voluntad en todas las cosas del mundo, comparados con todos los deleites que es Dios, son suma *pena,* tormento y amargura. Y así, el que pone su corazón en ellos es tenido delante de Dios por digno de suma pena, tormento y amargura; y así no podrá venir a los deleites del abrazo de la unión de Dios, siendo él digno de pena y amargura.

g) Todas las *riquezas* y gloria de todo lo criado, comparado con la riqueza, que es Dios, es suma *pobreza* y miseria. Y así, el alma que lo ama y posee es sumamente pobre y miserable delante

de Dios, y por eso no podrá llegar a la riqueza y gloria, que es el estado de la transformación en Dios, por cuanto lo miserable y pobre sumamente dista de lo que es sumamente rico y glorioso.

8. Y, por tanto, la Sabiduría divina, doliéndose de estos tales, que se hacen feos, bajos, miserables y pobres por amar ellos esto hermoso y rico, a su parecer, del mundo, les hace una exclamación en los Proverbios (8, 4-6; 18-21), diciendo: *O viri, ad vos clamito, et vox mea ad filios hominum. Intelligite, parvuli, astutiam, et insipientes, animadvertite. Audite quia de rebus magnis locutura sum.* Y adelante va diciendo: *Mecum sunt divitiae et gloria, opes superbae et justitia. Melior est fructus meus auro et lapide pretioso, et genimina mea argento electo. In viis justitiae ambulo, in medio semitarum judicii, ut ditem diligentes me, et thesauros eorum repleam.* Quiere decir: ¡Oh varones!, a vosotros doy voces, y mi voz es a los hijos de los hombres. Atended, pequeñuelos, la astucia y sagacidad; los que sois insipientes, advertid. Oíd, porque tengo de hablar de grandes cosas. Conmigo están las riquezas y la gloria, las riquezas altas y la justicia. Mejor es el fruto que hallaréis en mí, que el oro y que la piedra preciosa; y mis generaciones, esto es, lo que de mí engendraréis en vuestras almas, es mejor que la plata escogida. En los caminos de la justicia ando, en medio de las sendas del juicio, para enriquecer a los que me aman y cumplir perfectamente sus tesoros. En lo cual la Sabiduría divina habla con todos aquellos que ponen su corazón y afición en cualquier cosa del mundo, según habemos ya dicho. Y llámalos *pequeñuelos,* porque se hacen semejantes a lo que aman, lo cual es pequeño. Y por eso les dice que tengan astucia, y

adviertan que ella trata de cosas grandes y no de pequeñas como ellos. Que las riquezas grandes y la gloria que ellos aman, con ella y en ella están, y no donde ellos piensan. Y que las riquezas altas y la justicia en ella moran; porque aunque a ellos les parece que las cosas de este mundo lo son, díceles que adviertan que son mejores las suyas, diciendo que el fruto que en ellas hallarán les será mejor que el oro y que las piedras preciosas; y lo que ella en las almas engendra, mejor que la plata escogida que ellos aman; en lo cual se entiende todo género de aflicción que en esta vida se puede tener.

CAPITULO 5

Donde se trata y prosigue lo dicho, mostrando por autoridades y figuras de la sagrada Escritura cuán necesario sea al alma ir a Dios por esta NOCHE OSCURA *de la mortificación del apetito en todas las cosas.*

1. Por lo dicho se puede echar, en alguna manera, de ver la distancia que hay de todo lo que las criaturas son en sí a lo que Dios es en Sí, y cómo las almas que en alguna de ellas ponen su afición, esa misma distancia tienen de Dios; pues, como habemos dicho, el amor hace igualdad y semejanza. La cual distancia, por echarla bien de ver san Agustín, decía hablando con Dios en los *Soliloquios:* «Miserable de mí ¿cuándo podrá mi cortedad e imperfección convenir con tu rectitud? Tú verdaderamente eres bueno, y yo malo; Tú piadoso, y yo impío; Tú santo, yo miserable; Tú justo, yo injusto; Tú luz, yo ciego; Tú vida, yo

muerte; Tú medicina, yo enfermo; Tú suma verdad, yo toda vanidad.» Todo esto dice este santo (1).

2. Por tanto, es suma ignorancia del alma pensar podrá pasar a este alto estado de unión con Dios, si primero no vacía el apetito de todas las cosas naturales y sobrenaturales que le pueden impedir, según que adelante declararemos; pues es suma la distancia que hay de ellas a lo que en este estado se da, que es sumamente transformación en Dios. Que por eso nuestro Señor, enseñándonos este camino, dijo por San Lucas (14, 33): *Qui non renuntiat omnibus quae possidet non potest meus esse discipulus.* Quiere decir: El que no renuncia todas las cosas que con la voluntad posee, no puede ser mi discípulo. Y esto está claro: porque la doctrina que el Hijo de Dios vino a enseñar, fue el menosprecio de todas las cosas para poder recibir el premio del espíritu de Dios en sí. Porque en tanto que de ellas no se deshiciere el alma, no tiene capacidad para recibir el espíritu de Dios en pura transformación.

3. De esto tenemos figura en el ÉXODO (c. 16), donde se lee que no dio Dios el manjar del cielo, que era el maná, a los hijos de Israel, hasta que les faltó la harina que ellos habían traído de Egipto. Dando por esto a entender que primero conviene renunciar a todas las cosas, porque este manjar de ángeles no conviene al paladar que quiere tomar sabor en el de los hombres. Y no solamente se hace incapaz del espíritu divino el alma que se detiene y apacienta en otros extraños gustos, mas aun enojan mucho a la Majestad Divina

---

(1) *Soliloq.*, c. 2. MIGNE: *Patr. lat.*, t. 40, p. 866

los que, pretendiendo el manjar de espíritu, no se contentan con solo Dios, sino que quieren entremeter el apetito y afición de otras cosas. Lo cual también se echa de ver en este mismo libro de la sagrada Escritura, donde también se dice que no se contentaron ellos con aquel manjar tan sencillo, apetecieron y pidieron manjar de carne. Y que nuestro Señor se enojó gravemente, que quisiesen ellos entremeter un manjar tan bajo y tosco con un manjar tan alto y sencillo; que, aunque lo era, tenía en sí el sabor y sustancia de todos los manjares. Por lo cual, aun teniendo ellos los bocados en las bocas, según dice también David *(Sal.* 77, 31): *Ira Dei descendit super eos.* Descendió la ira de Dios sobre ellos, echando fuego del cielo y abrasando muchos millares de ellos; teniendo por cosa indigna que tuviesen ellos apetito de otro manjar dándoseles el manjar del cielo.

4. ¡Oh, si supiesen los espirituales cuánto bien pierden y abundancia de espíritu, por no querer ellos acabar de levantar el apetito de niñerías, y cómo hallarían en este sencillo manjar del espíritu el gusto de todas las cosas, si ellos no quisieren gustarlas! Pero no le gustan, porque la causa por qué éstos no recibían el gusto de todos los manjares que había en el maná era porque ellos no recogían el apetito a solo él. De manera que no dejaban de hallar en el maná todo el gusto y fortaleza que ellos pudieran querer, porque en el maná no lo hubiese, sino porque ellos otra cosa querían. Así el que quiere amar otra cosa juntamente con Dios, sin duda es tener en poco a Dios, porque pone en una balanza con Dios lo que sumamente, como habemos dicho, dista de Dios.

5. Ya se sabe bien por experiencia que cuando

una voluntad se aficiona a una cosa la tiene en más que otra cualquiera, aunque sea muy mejor que ella, si no gusta tanto de la otra. Y si de una y de otra quiere gustar, a la más principal por fuerza ha de hacer agravio, pues hace entre ellas igualdad. Y por cuanto no hay cosa que iguale con Dios, mucho agravio hace a Dios el alma que con Él ama otra cosa, o se ase a ella. Y pues esto es así, ¿qué sería si la amase más que a Dios?

6. Esto también es lo que se denotaba cuando mandaba Dios a Moisés que subiese al monte a hablar con Él (*Ex.*, 19, 24); le mandó que no solamente subiese él solo, dejando abajo a los hijos de Israel, pero que ni aun las bestias paciesen de contra del monte. Dando por esto a entender que el alma que hubiere de subir a este monte de perfección a comunicar con Dios, no sólo ha de renunciar todas las cosas y dejarlas abajo, mas también los apetitos, que son las bestias, no las ha de dejar apacentar de contra de este monte, esto es, en otras cosas que no son Dios puramente, en el cual todo apetito cesa, esto es, en estado de la perfección. Y así es menester que el camino y subida para Dios sea un ordinario cuidado de hacer cesar y mortificar los apetitos; y tanto más presto llegará el alma, cuanto más priesa en esto se diere. Mas hasta que cesen, no hay llegar, aunque más virtudes ejercite, porque le falta el conseguirlas en perfección; la cual consiste en tener el alma vacía y desnuda y purificada de todo apetito.

De lo cual también tenemos figura muy al vivo en el Génesis (35, 2), donde se lee que, queriendo el patriarca Jacob subir al monte Betel a edificar allí a Dios un altar en que le ofreció sacrificio, primero mandó a toda su gente *tres cosas:* la una, que arrojasen de sí todos los dioses extra-

ños; la segunda, que se purificasen; la tercera, que mudasen sus vestiduras.

7. En las cuales *tres cosas* se da a entender a toda alma que quiere subir a este monte a hacer de sí misma altar en el que ofrezca a Dios sacrificio de amor puro y alabanza y reverencia pura, que primero que suba a la cumbre del monte ha de haber perfectamente hecho las dichas tres cosas. Lo *primero,* que arroje todos los dioses ajenos, que son todas las extrañas aficiones y asimientos; y lo *segundo,* que se purifique del dejo que han dejado en el alma los dichos apetitos, con la *Noche oscura* del sentido que decimos, negándolos y arrepintiéndose ordinariamente; y lo *tercero,* que ha de tener para llegar a este alto monte es las vestiduras mudadas, las cuales, mediante la obra de las dos cosas primeras, se las mudará Dios de viejas en nuevas, poniendo en el alma un nuevo entender de Dios en Dios, dejando el viejo entender de hombre, y un nuevo amar a Dios en Dios, desnuda ya la voluntad de todos los viejos quereres y gustos de hombre, y metiendo al alma en una nueva noticia y abismal deleite, echadas ya otras noticias e imágenes viejas aparte, y haciendo cesar todo lo que es del hombre viejo, que es la habilidad del ser natural, y vistiéndose de nueva habilidad sobrenatural según todas las potencias. De manera que su obrar ya, de humano, se haya vuelto en divino, que es lo que se alcanza en estado de unión, en la cual el alma no sirve de otra cosa sino de altar, en que Dios es adorado en alabanza y amor, y sólo Dios en ella está.

Que por eso mandaba Dios *(Ex.,* 27, 8) que el altar donde había de estar el Arca del Testamento estuviese de dentro vacío; para que entienda el alma cuán vacía la quiere Dios de todas las cosas,

para que sea altar digno donde esté Su Majestad. En el cual altar tampoco permitía ni que hubiese fuego ajeno, ni que faltase jamás el propio; tanto que porque Nadab y Abiud, que eran los hijos del sumo sacerdote Aarón, ofrecieron fuego ajeno en su altar, enojado nuestro Señor los mató allí delante del altar *(Lev.,* 10, 1). Para que entendamos que en el alma ni ha de faltar amor de Dios para ser digno altar, ni tampoco otro amor ajeno se ha de mezclar.

8. No consiente Dios a otra cosa morar consigo en uno. De donde se lee en el libro primero de los Reyes que, metiendo los filisteos el Arca del Testamento en el templo donde estaba su ídolo, amanecía el ídolo cada día arrojado en el suelo y hecho pedazos. Y sólo aquel apetito consiente y quiere que haya donde él está, que es de guardar la ley de Dios perfectamente, y llevar la cruz de Cristo sobre sí. Y así no se dice en la Escritura divina *(Deut.,* 31, 26) que mandase Dios poner en el Arca donde estaba el maná otra cosa sino el libro de la Ley, y la vara de Moisés, que significa la cruz. Porque el alma que otra cosa no pretendiere que guardar perfectamente la Ley del Señor y llevar la cruz de Cristo será arca verdadera que tendrá en sí el verdadero maná, que es Dios, cuando venga a tener en sí esta Ley y esta vara perfectamente, sin otra cosa alguna.

CAPITULO 6

En que se trata de los daños principales que causan los apetitos en el alma, el uno privativo y el otro positivo.

1. Y para que más clara y abundantemente se entienda lo dicho, será bueno poner aquí y decir cómo estos apetitos causan en el alma dos daños principales: el uno es que la privan del espíritu de Dios, y el otro es que al alma en que viven, la cansan, atormentan, oscurecen, ensucian y enflaquecen, según aquello que dice Jeremías, capítulo 2: *Duo mala fecit populus meus: me dereliquerunt fontem aquae vivae, et foderunt sibi cisternas dissipatas, quae continuere non valent aquas.* Quiere decir: Dejáronme a mí, que soy fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden tener agua. Esos dos males, conviene a saber: priva[tivo] y positivo, se causan por cualquiera acto desordenado del apetito.

Y primeramente, hablando del *privativo,* claro está que por el mismo caso que el alma se aficiona a una cosa que cae debajo de nombre de criatura, cuanto aquel apetito tiene de más entidad en el alma, tiene ella de menos capacidad para Dios; por cuanto no pueden caber dos contrarios, según dicen los filósofos, en un sujeto, y también dijimos en el cuarto capítulo; y afición de Dios y afición de criatura son contrarios, y así no caben en una voluntad afición de criatura y afición de Dios. Porque ¿qué tiene que ver criatura con Creador, sensual con espiritual, visible con invisible, temporal con eterno, manjar celestial puro espiritual con el manjar del sentido puro sensual, des-

nudez de Cristo con asimiento en alguna cosa?

2. Por tanto, así como en la generación natural no se puede introducir una forma sin que primero se expela del sujeto la forma contraria que precede, la cual estando es impedimento de la otra, por la contrariedad que tienen las dos entre sí; así en tanto que el alma se sujeta al espíritu sensual, no puede entrar en ella el espíritu puro espiritual.

Que por eso dijo nuestro Salvador por san Mateo (15, 26): *Non est bonum sumere panem filiorum, et mittere canibus.* Esto es: No es cosa conveniente tomar el pan de los hijos y darlo a los canes. Y también en otra parte dice por el mismo Evangelista (7, 6): *Nolite sanctum dare canibus.* Que quiere decir: No queráis dar lo santo a los canes. En las cuales autoridades compara nuestro Señor a los que negando los apetitos de las criaturas se disponen para recibir el espíritu de Dios puramente, a los hijos de Dios; y a los que quieren cebar su apetito en las criaturas, a los perros. Porque a los hijos les es dado comer con su padre a la mesa y de su plato, que es apacentarse de su espíritu, y a los canes las migajas que caen de la mesa.

3. En lo cual es de saber que todas las criaturas son migajas que cayeron de la mesa de Dios. Por tanto, justamente es llamado can el que anda apacentándose en las criaturas, y por eso se les quita el pan de los hijos, pues ellos no se quieren levantar de las migajas de las criaturas a la mesa del espíritu increado de su Padre. Y por eso justamente como perros siempre andan hambreando, porque las migajas más sirven de avivar el apetito que de satisfacer el hambre. Y así de ellos dice

David *(Salm.,* 58, 15, 16): *Famem patientur ut canes, et circuibunt civitaeem. Si vero non fuerint saturati, et murmurabunt.* Quiere decir: Ellos padecerán hambre como perros, y rodearán la ciudad, y como no se vean hartos, murmuarán. Porque ésta es la propiedad del que tiene apetitos, que siempre está descontento y desabrido, como el que tiene hambre.. Pues ¿qué tiene que ver el hambre que ponen todas las criaturas con la hartura que causa el espíritu de Dios? Por eso no puede entrar esta hartura increada en el alma, si no se echa primero esotra hambre criada del apetito del alma; pues, como habemos dicho, no pueden morar dos contrarios en un sujeto, los cuales en este caso son hambre y hartura.

4. Por lo dicho se verá cuánto más hace Dios en limpiar y purgar un alma de estas contrariedades que en criarla de nonada. Porque estas contrariedades de afectos y apetitos contrarios, más opuestas y resistentes son a Dios que la nada: porque ésta no resiste. Y esto baste acerca del primer daño principal que hacen al alma los apetitos, que es resistir al espíritu de Dios, por cuanto arriba está ya dicho mucho de ello.

5. Ahora digamos del segundo efecto que hacen en ella, el cual es de muchas maneras, porque los apetitos cansan al alma y la atormentan y oscurecen, y la ensucian y la enflaquecen. De las cuales cinco cosas iremos diciendo de por sí.

6. Cuando a lo primero, claro está que los ape titos *cansan y fatigan al alma;* porque son como unos hijuelos inquietos y de mal contento, que siempre están pidiendo a su madre uno y otro, y nunca se contentan. Y así como se cansa y fatiga *el que cava* por codicia del tesoro, así se cansa

y fatiga el alma por conseguir lo que sus apetitos le piden; y aunque lo consiga, en fin, siempre se cansa, porque nunca se satisface; porque al cabo son cisternas rotas las que cava, que no pueden tener agua para satisfacer la sed. Y así, como dice Isaías (29, 8): *Lassus adhuc sitit, et anima ejus vacua est.* Que quiere decir: Está su apetito vacío.

Y cánsase y fatígase el alma que tiene apetitos, porque es como *el enfermo* de calentura, que no se halla bien hasta que se le quite la fiebre, y cada rato le crece la sed. Porque como se dice en el libro de Job (20, 22): *Cum satiatus fuerit, arctabitur, aestuabit, et omnis dolor irruet super eum.* Que quiere decir: Cuando hubiere satisfecho su apetito, quedará más apretado y agravado; creció en su alma el calor del apetito y así caerá sobre él todo dolor.

Cánsase y fatígase el alma con sus apetitos, porque es herida y movida y turbada de ellos como *el agua* de los vientos, y de esa misma manera la alborotan, sin dejarla sosegar en un lugar ni en una cosa. Y de la tal alma dice Isaías (57, 20): *Cor impii quasi mare fervens.* El corazón del *malo* es como el mar cuando hierve; y es *malo* el que no vence los apetitos.

Cánsase y fatígase el alma que desea cumplir sus apetitos, porque es como el que, teniendo *hambre,* abre la boca para hartarse de viento, y en lugar de hartarse se seca más, porque aquél no es su manjar. A este propósito dijo Jeremías (2, 24): *In desiderio animae suae attraxit ventum amoris sui.* Como si dijera: En el apetito de su voluntad atrajo a sí el viento de su afición. Y luego dice adelante (2, 25) para dar a entender la sequedad en que esta tal alma queda, dando aviso y diciendo: *Prohibe pedem tuum a muditate et guttur tuum*

a siti. Que quiere decir: Aparta tu pie, esto es, tu pensamiento, de la desnudez; y tu garganta de la sed, es a saber: tu voluntad del cumplimiento del apetito que hace más sequía.

Y así como se cansa y fatiga *el enamorado* en el día de la esperanza, cuando le salió su lance en vacío, se cansa el alma y fatiga con todos sus apetitos y cumplimiento de ellos, pues todos la causan mayor vacío y hambre; porque, como comúnmente dicen, el apetito es como el fuego, que echándole leña crece, y luego que la consume, por fuerza ha de desfallecer.

7. Y aun el apetito es de peor condición en esta parte; porque el fuego, acabándose la leña, descrece; mas el apetito no descrece en aquello que se aumentó cuando se puso por obra, aunque se acaba la materia, sino que en lugar de descrecer como el fuego cuando se le acaba la suya, él desfallece en fatiga, porque queda crecida el hambre y disminuido el manjar. Y de éste habla Isaías (9, 20), diciendo: *Declinabit ad dexteram, et esuriet: et comedet ad sinistram, et non saturabitur.* Quiere decir: Declinará hacia· la mano derecha, y habrá hambre; y comerá hacia la siniestra, y no se hartará. Porque estos que no mortifican sus apetitos, justamente *cuando declinan,* ven la hartura del dulce espíritu de los que están a la diestra de Dios, la cual a ellos no se les concede; y justamente cuando *comen hacia la siniestra,* que es cumplir su apetito en alguna criatura, no se hartan; pues dejando lo que sólo puede satisfacer, se apacientan de lo que las causa más hambre.

Claro está, pues, que los *apetitos cansan y fatigan* al alma.

CAPITULO 7

En que se trata cómo los apetitos atormentan al alma.—Pruébalo también por comparaciones y autoridades.

1. La segunda manera de mal *positivo* que causan al alma los apetitos, es que la atormentan y afligen, a manera del que está en tormento de cordeles amarrado a alguna parte, de lo cual hasta que se libre no descansa. Y de éstos dice David (*Sal.* 118, 61): *Funes peccatorum circumplexi sunt me.* Los cordeles de mis pecados—que son mis apetitos—en derredor me han apretado.

Y de la misma manera que se atormenta y aflige el que desnudo se acuesta sobre espinas y puntas, así se atormenta el alma y aflige cuando sobre sus apetitos se recuesta; porque, a manera de espinas, hieren y lastiman y asen y dejan dolor.

Y de ellos también dice David (*Sal.* 117, 12): *Circunmederunt me sicut apes: et exarserunt sicut ignis in spinis.* Que quiere decir: Rodeáronse de mí como abejas, punzándome con sus aguijones; y encendiéronse contra mí, como el fuego en espinas. Porque en los apetitos, que son las espinas, crece el fuego de la angustia y del tormento.

Y así como aflige y atormenta el gañán al buey debajo del arado, con codicia de la mies que espera, así la concupiscencia aflige al alma debajo del apetito por conseguir lo que quiere. Lo cual se echa bien de ver en aquel apetito que tenía Dalila de saber en qué tenía tanta fuerza Sansón, que dice la Escritura que le fatigaba y atormentaba tanto, que la hizo desfallecer casi hasta morir diciendo

(Jud., 16, 16): Deficit anima ejus, et ad mortem usque lassata est.

2. El apetito tanto más tormento es para el alma, cuanto él es más intenso. De manera que tanto hay de tormento, cuanto hay de apetito, y tantos más tormentos tiene, cuantos más apetitos la poseen; porque se cumple en la tal alma, aun en esta vida, lo que se dice en el Apocalipsis (18, 7) de Babilonia por estas palabras: *Quantum glorificavit se, et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum.* Esto es: Tanto cuanto se quiso ensalzar y cumplir sus apetitos, dadle de tormento y angustia. Y de la manera que es atormentado y afligido el que cae en manos de sus enemigos, así es atormentada y afligida el alma que se deja llevar de sus apetitos. De lo cual hay figura en el libro de los Jueces (16, 21), donde se lee que aquel fuerte Sansón, que antes era fuerte y libre y juez de Israel, cayendo en poder de sus enemigos, le quitaron la fortaleza, y le sacaron los ojos, y le ataron a moler en una muela, adonde le atormentaron y afligieron mucho; y así acaece al alma donde estos enemigos de apetitos viven y vencen; que lo primero que hacen es enflaquecer al alma y cegarla, como abajo diremos, y luego la afligen y atormentan, atándola a la muela de la concupiscencia; y los lazos con que está asida son sus mismos apetitos.

3. Por lo cual, habiendo Dios lástima a estos que con tanto trabajo y tan a costa suya andan a satisfacer la sed y hambre del apetito en las criaturas, les dice por Isaías (55, 1-2): *Omnes sitientes venite ad aquas; et qui non habetis argentum, properate, emite, et comedite: venite, emite absque argento vinum et lac. Quare appenditis argentum*

non in panibus, et laborem vestrum non in saturitate? Como si dijera: Todos los que tenéis sed de apetitos, venid a las aguas, y todos los que no tenéis plata de propia voluntad y apetitos, daos prisa; comprad de mí y comed; venid y comprad de mí vino y leche—que es paz y dulzura espiritual—, sin plata de propia voluntad, y sin darme por ello trueque alguno del trabajo, como dais por vuestros apetitos. ¿Por qué dais la plata de vuestra voluntad por lo que no es pan, esto es, del Espíritu divino, y ponéis el trabajo de vuestros apetitos en lo que no os puede hartar? Venid, oyéndome a mí, y comeréis el bien que deseáis, y deleitarse ha en grosura vuestra alma.

4. Este *venir a la grosura* es salirse de todos los gustos de criatura; porque la criatura atormenta, y el Espíritu de Dios recrea. Y así nos llama Él por san Mateo (11, 28-29), diciendo: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos, et invenietis requiem animabus vestris.* Como si dijera: Todos los que andáis atormentados, afligidos y cargados con la carga de vuestros cuidados y apetitos, salid de ellos, viniendo a mí, y yo os recrearé, y hallaréis para vuestras almas el descanso que os quitan vuestros apetitos; y así son pesada carga, porque de ellos dice David *(Sal.* 37, 5): *Sicut onus grave gravatae sunt super me.*

CAPITULO 8

En que se trata cómo los apetitos oscurecen y ciegan el alma.

1. Lo tercero que hacen en el alma los apetitos es que la ciegan y oscurecen. Así como los vapores oscurecen el aire y no dejan lucir el sol claro; o como el espejo tomado de vaho no puede recibir serenamente en sí el rostro, o como [en] el agua envuelta en cieno no se divisa bien la cara del que en ella se mira; así el alma que de los apetitos está tomada, según el entendimiento está entenebrecida, y no da lugar para que ni el sol de la razón natural, ni el de la sabiduría de Dios sobrenatural la embistan e ilustren de claro. Y así dice David *(Sal.* 39, 13), hablando a este propósito: *Comprehenderunt me iniquitates meae, et non potui ut viderem.* Que quiere decir: Mis maldades me comprendieron, y no pude tener poder para ver.

2. Y en eso mismo que se oscurece según el entendimiento, se entorpece también según la voluntad, y según la memoria se endurece y desordena en su debida operación. Porque como estas potencias según sus operaciones dependen del entendimiento, estando él impedido, claro está lo han ellas de estar desordenadas y turbadas. Y así dice David *(Sal.* 6, 4): *Anima mea turbata est valde.* Esto es: Mi alma está mucho turbada. Que es tanto como decir desordenada en sus potencias. Porque, como decimos, ni el entendimiento tiene capacidad para recibir la ilustración de la sabiduría de Dios, como tampoco la tiene el aire tene-

broso para recibir la del sol, ni la voluntad tiene habilidad para abrazar en sí a Dios en puro amor, como tampoco la tiene el espejo que está tomado de vaho para representar claro en sí el rostro presente, y menos la tiene la memoria que está ofuscada con las tinieblas del apetito para informarse con serenidad de la imagen de Dios, como tampoco el agua turbia puede mostrar claro el rostro del que se mira.

3. Ciega y oscurece el apetito al alma, porque el apetito, en cuanto apetito, ciego es; porque de suyo ningún entendimiento tiene en sí, porque la razón es siempre su mozo de ciego. Y de aquí es que todas las veces que el alma se guía por su apetito se ciega; pues es guiarse el que ve por el que no ve, lo cual es como ser entrambos ciegos. Y lo que de ahí se sigue es lo que dice nuestro Señor por san Mateo (15, 14): *Si caecus caeco ducatum praestet, ambo in foveam cadunt.* Si el ciego guía al ciego, entrambos caerán en la hoya. Poco le sirven los ojos a la mariposilla, pues que el apetito de la hermosura de la luz la lleva encandilada a la hoguera. Y así podemos decir que el que se ceba de apetito es como el pez encandilado, al cual aquella luz antes le sirve de tinieblas para que no vea los daños que los pescadores le aparejan. Lo cual da muy bien a entender el mismo David *(Sal.* 57, 9), diciendo de los semejantes: *Supercedit ignis, et non viderunt solem.* Que quiere decir: Sobrevínoles el fuego que calienta con su calor y encandila con su luz. Y eso hace el apetito en el alma, que enciende la concupiscencia y encandila al entendimiento de manera que no pueda ver su luz. Porque la causa del encandilamiento es que, como pone otra luz diferente delante de la vista, cébase la potencia visiva

en aquella que está entrepuesta, y no ve la otra; y como el apetito se le pone al alma tan cerca que está en la misma alma, tropieza en esta luz primera y cébase en ella, y así no la deja ver su luz de claro entendimiento, ni la verá hasta que se quite de en medio el entendimiento del apetito.

4. Por lo cual es harto de llorar la ignorancia de algunos, que se cargan de extraordinarias penitencias y de otros muchos voluntarios ejercicios, y piensan que les bastará eso y esotro para venir a la unión de la Sabiduría divina; y no es así, si con diligencia ellos no procuran negar sus apetitos. Los cuales si tuviesen cuidado de poner la mitad de aquel trabajo en esto, aprovecharían más en un mes que por todos los demás ejercicios en muchos años. Porque así como es necesaria a la tierra la labor para que lleve fruto, y sin labor no le lleva sino malas hierbas, así es necesaria la mortificación de los apetitos para que haya provecho en el alma. Sin la cual oso decir que para ir adelante en perfección y noticia de Dios y de sí mismo, nunca le aprovecha más cuanto hiciere, que aprovecha la simiente echada en la tierra no rompida. Y así no se quitará la tiniebla y rudeza del alma hasta que los apetitos se apaguen. Porque son como las cataratas, o como las motas en el ojo, que impiden la vista hasta que se echan fuera.

5. Y así, echando de ver David (*Sal.* 57, 10) la ceguera de éstos, y cuán impedidas tienen las almas de la claridad de la verdad, y cuánto Dios se enoja con ellos, habla con ellos diciendo: *Priusquam intelligerent spinae vestrae rhamnum, sicut viventes, sic in ira absorbet eos.* Y es como si dijera: Antes que entendiesen vuestras espinas —esto es, vuestros apetitos—, así como a los vi-

vientes, de esta manera los absorberá en su ira.

Porque a los apetitos vivientes en el alma, antes que ellos puedan entender a Dios, los absorberá Dios en esta vida o en la otra con castigo y corrección, que será por la purgación. Y dice que *los absorberá en ira*, porque lo que se padece en la mortificcaión de los apetitos es castigo del estrago que en el alma han hecho.

6. ¡Oh si supiesen los hombres de cuánto bien de luz divina los priva esta ceguera que les causan sus aficiones y apetitos, y en cuántos males y daños les hacen ir cayendo cada día, en tanto que no los mortifican! Porque no hay fiarse de buen entendimiento, ni dones que tengan recibidos de Dios, para pensar que, si hay afición o apetito, dejará de cegar y oscurecer y hacer caer poco a poco en peor. Porque ¿quién dijera que un varón tan acabado en sabiduría y dones de Dios como era Salomón, había de venir a tanta ceguera y torpeza de voluntad, que hiciese altares a tantos ídolos y los adorase él mismo, siendo ya viejo? (3 *Reg.*, 11, 4). Y sólo para esto bastó la afición que tenía a las mujeres, y no tener el cuidado de negar los apetitos y deleites de su corazón. Porque él mismo dice de sí en el Eclesiastés (2, 10) que *no negó a su corazón lo que le pidió*. Y pudo tanto este arrojarse a sus apetitos, que aunque es verdad que al principio tenía recato; pero porque no los negó, poco a poco le fueron cegando y oscureciendo el entendimiento, de manera que le vinieron a acabar de apagar aquella gran luz de sabiduría que Dios le había dado; de manera que a la vejez dejó a Dios.

7. Y si en éste pudieron tanto, que tenía tanta noticia de la distancia que hay entre el bien y el

mal, ¿qué no podrán contra nuestra rudeza los apetitos no mortificados? Pues, como dijo Dios al profeta Jonás (4, 11) de los ninivitas, *no sabemos lo que hay entre la siniestra y la diestra.* Porque a cada paso tenemos lo malo por bueno, y lo bueno por malo; y esto de nuestra cosecha lo tenemos. Pues ¿qué será si se añade apetito a nuestra natural tiniebla? Sino que como dice Isaías (59, 10): *Palpavimus, sicut caeci parietem, et quasi absque oculis attrectavimus: impegimus meridie, quasi in tenebris.* Habla el Profeta con los que aman seguir estos sus apetitos y es como si dijera: Habemos palpado la pared como si fuéramos ciegos, y anduvimos atentando como sin ojos, y llegó a tanto nuestra ceguera, que en el medio día atollamos como si fuera en las tinieblas. Porque esto tiene el que está ciego del apetito, que puesto en medio de la verdad y de lo que le conviene, no le echa más de ver que si estuviera en tinieblas.

CAPITULO 9

En que se trata cómo los apetitos ensucian al alma. Pruébalo por comparaciones y autoridades de la Escritura sagrada.

1. El cuarto daño que hacen los apetitos al alma es que la ensucian y manchan, según lo enseña el Eclesiástico (13, 1), diciendo: *Qui tetigerit picem, inquinabitur ab ea.* Quiere decir: El que tocare a la pez, ensciarse ha de ella; y entonces *toca uno la pez,* cuando en alguna criatura cumple el apetito de su voluntad. En lo cual es de notar que el Sabio compara las criaturas a la pez; porque más diferencia hay entre la excelencia del

alma y todo lo mejor de ellas, que hay del claro diamante o fino oro a la pez. Y así como el oro o diamante, si se pusiese caliente sobre la pez quedaría de ella feo y untado, por cuanto el calor la regaló (1) y atrajo, así al alma que está caliente de apetito sobre alguna criatura, en el calor de su apetito saca inmundicia y mancha de él en sí. Y más diferencia hay entre el alma y las demás criaturas corporales que entre un muy clarificado licor y un cieno muy sucio. De donde así como se ensuciaría el tal licor si lo envolviesen con el cieno, de esa misma manera se ensucia el alma que se ase a la criatura; pues en ella se hace semejante a la dicha criatura. Y de la misma manera que pondrían los rasgos de tizne a un rostro muy hermoso y acabado, de esa misma manera afean y ensucian los apetitos desordenados al alma que los tiene, la cual en sí es una hermosísima y acabada imagen de Dios.

2. Por lo cual, llorando Jeremías el estrago de fealdad que estas desordenadas afecciones causan en el alma, cuenta primero su hermosura y luego su fealdad, diciendo *(Tren.,* 4, 7-8): *Candidiores sunt Nazaraei ejus nive, nitidiores lacte, rubicundiores ebore antiquo, sapphiro pulchriores. Denigrata est super carbones facies eorum, et non sunt cogniti in plateis.* Que quiere decir: Sus cabellos, es a saber, del alma, son más levantados en blancura que la nieve, más resplandecientes que la leche, y más bermejos que el marfil antiguo, y más hermosos que la piedra zafiro. La haz de ellos ha ennegrecido sobre los carbones, y no son conocidos en las plazas, Por *los cabellos* entendemos aquí los afectos y pensamientos del alma, los cua-

(1) *Regaló:* ablandó.

les, ordenados en lo que Dios los ordena, que es en el mismo Dios, son *más blancos que la nieve, y más claros que la leche, y más rubicundos que el marfil y hermosos sobre el zafiro.* Por las cuales cuatro cosas se entiende toda manera de hermosura y excelencia de criatura corporal, sobre las cuales dice es el alma y sus operaciones, que son los nazareos o cabellos dichos; los cuales, desordenados en las criaturas, dice Jeremías que su *haz queda y se pone más negra que los carbones.*

3. Que todo este mal, y más, hacen en la hermosura del alma los desordenados apetitos en las cosas de este siglo; tanto, que si hubiésemos de hablar de propósito de la fea y sucia figura que al alma los apetitos pueden poner, no hallaríamos cosa, por llena de telarañas y sabandijas que esté, ni fealdad de cuerpo muerto, ni otra cualquiera cosa inmunda y sucia, cuando en esta vida la puede haber y se puede imaginar, a que la pudiésemos comparar. Porque aunque es verdad que el alma desordenada, en cuanto al ser natural está tan perfecta como Dios la crió; pero en cuanto al ser de razón está fea, abominable, sucia, oscura y con todos los males que aquí se van escribiendo y mucho más. Porque aun sólo un apetito desordenado, como después diremos, aunque no sea de materia de pecado mortal, basta para poner un alma tan sujeta, sucia y fea, que en ninguna manera puede convenir con Dios en una unión hasta que el apetito se purifique. ¡Cuál será la fealdad de la que del todo está desordenada en sus propias pasiones y entregada a sus apetitos, y cuán alejada de Dios estará y de su pureza!

4. No se puede explicar con palabras, ni aun entenderse con el entendimiento, la variedad de in-

mundicia, que la variedad de apetitos causa en el alma. Porque si se pudiese decir y dar a entender, sería cosa admirable, y también de harta compasión, ver cómo cada apetito, conforme a su cuantidad y calidad, mayor o menor, hace su raya y asiento de inmundicia y fealdad en el alma, y cómo, en un solo desorden de razón, puede tener en sí innumerables diferencias de suciedades, mayores y menores, y cada una de su manera. Porque así como el alma del justo en una sola perfección, que es la rectitud del alma, tiene innumerables dones riquísimos y muchas virtudes hermosísimas, cada una diferente y graciosa en su manera, según la multitud y diferencia en los afectos de amor que ha tenido en Dios, así el alma desordenada, según la variedad de los apetitos que tiene en las criaturas, tiene en sí variedad miserable de inmundicias y bajezas, tal cual en ella la pintan los dichos apetitos.

5. Esta variedad de apetitos está bien figurada en Ezequiel (8, 10-16), donde es escribe que mostró Dios a este Profeta en lo interior del templo pintadas en derredor de las paredes *todas las semejanzas de sabandijas que arrastran por la tierra, y allí toda la abominación de animales inmundos.* Y entonces dijo Dios a Ezequiel: *Hijo del hombre, ¿de veras no has visto las abominaciones que hacen éstos, cada uno en lo secreto de su retrete?* Y mandando Dios al Profeta que entrase más adentro y vería las mayores abominaciones, dice que vio allí *las mujeres sentadas llorando al dios de los amores, Adonis.* Y mandándole Dios entrar más adentro y vería aún mayores abominaciones, dice que vio allí *veinticinco viejos que tenían vueltas las espaldas contra el templo.*

6. Las diferencias de *sabandijas y animales*

inmundos que estaban pintados en el primer retrete del Templo son los pensamientos y concepciones que *el entendimiento* hace de las cosas bajas de la tierra y de todas las criaturas, las cuales, tales cuales son, se pintan en el templo del alma, cuando ella con ellas embaraza su entendimiento. que es el primer aposento del alma.

Las mujeres que estaban más adentro en el segundo aposento, *llorando al dios Adonis,* son los apetitos que están en la segunda potencia del alma, que es *la voluntad;* los cuales están como llorando, en cuanto codician a lo que está aficionada la voluntad, que son las sabandijas ya pintadas en el entendimiento.

Y *los varones* que estaban en el tercer aposento son las imágenes y representaciones de las criaturas , que guarda y revuelve en sí la tercera parte del alma, que es *la memoria.* Las cuales se dice que están *vueltas las espaldas contra el Templo,* porque cuando ya según estas tres potencias abraza el alma alguna cosa de la tierra acabada y perfectamente, se puede decir que *tiene las espaldas contra el templo de Dios,* que es la recta razón del alma, la cual no admite en sí cosa de criatura.

7. Y para entender algo de este feo desorden del alma en sus apetitos, baste por ahora lo dicho. Porque si hubiésemos de tratar en particular de la fealdad menor que hacen y causan en el alma las imperfecciones, y su variedad, y la que hacen los pecados veniales, que es ya mayor que la de las imperfecciones, y su mucha variedad, y también la que hacen los apetitos de pecado mortal, que es total fealdad del alma y su mucha variedad, según la variedad y multitud de todas estas tres cosas, sería nunca acabar, ni entendimiento angé-

lico bastaría para poderlo entender. Lo que digo y hace al caso para mí propósito es que, cualquier apetito, aunque sea de la más mínima imperfección, mancha y ensucia al alma.

CAPITULO 10

En que se trata cómo los apetitos entibian y enflaquecen al alma en la virtud.

1. Lo quinto en que dañan los apetitos al alma es que la entibian y enflaquecen para que no tenga fuerza para seguir la virtud y perseverar en ella. Porque por el mismo caso que la fuerza del apetito se reparte, queda menos fuerte que si estúviera entero en una cosa sola; y cuanto en más cosas se reparte, menos es para cada una de ellas: que por eso dicen los filósofos que la virtud unida es más fuerte que ella misma si se derrama. Y, por tanto, está claro que si el apetito de la voluntad se derrama en otra cosa fuera de la virtud, ha de quedar más flaco para la virtud.

Y así, el alma que tiene la voluntad repartida en menudencias, es como el agua, que teniendo por donde derramarse hacia abajo, no crece para arriba, y así no es de provecho. Que por eso el patriarca Jacob comparó a su hijo Rubén al agua derramada; porque en cierto pecado había dado rienda a sus apetitos, diciendo *(Gen.*, 49, 4): *Derramado estás como el agua, no crezcas.* Como si dijera: Porque estás derramado según los apetitos como el agua, no crecerás en virtud.

Y así como el agua caliente, no estando cubierta, fácilmente pierde el calor, y como las especies aromáticas desenvueltas van perdiendo la fragancia y